

co," "D. Miguel Hidalgo y Costilla," "D. José María Morelos y Pavón," y otros que sería largo citar.

"Apéndice al diccionario universal de historia y geografía." Tres volúmenes de medio folio.—México, 1855-1856. Orozco y Berra coordinó y compuso estos tres volúmenes de 778, 936, y 1,133 páginas, con los materiales originales ó impresos que logró reunir.

"Memoria de la Secretaría de Estado y del Despacho de Fomento, Colonización, Industria y Comercio de la República Mexicana," escrita por el Ministro del ramo, C. Manuel Siliceo, para dar cuenta con ella al Soberano Congreso Constitucional.—México.—Imprenta de Vicente García Torres, calle de San Juan de Letrán número 3.—1857. Citamos esta "Memoria" aquí, porque Orozco y Berra cooperó á la formación de ella como oficial mayor que era, y formó las siguientes Memorias de que se hizo edición separada de cincuenta ejemplares: "Informe sobre la acuñación en las casas de moneda de la República," "Población de la República Mexicana," "Divisiones eclesiásticas," "Carta etnográfica." El informe y la carta van acompañados de los respectivos mapas.

"México y sus alrededores." Con este nombre se publicó una colección de estampas fotográficas, por Charny, cuyo texto explicativo, que forma varios artículos, se debe á la pluma de Orozco y Berra.

"Memoria para la carta hidrográfica del Valle de México," formada por acuerdo de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, por su socio honorario el Sr. Lic. D. Manuel Orozco y Berra, ingeniero topógrafo, y antiguo alumno del Colegio de Minería.—México, 1864.—Imprenta de A. Boix, á cargo de Miguel Zornoza, calle del Aguila, número 13. Un volumen 4º, con varios planos. Esta obra fué reimpressa en el Boletín de la misma Sociedad.

"Geografía de las lenguas y Carta etnográfica de México," precedida de un ensayo de clasificación de las mismas lenguas, y de apuntes para la inmigración de las tribus, por el Lic. Manuel Orozco y Berra.—México.—Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, calle de Tiburcio número 19.—Un volumen 4º mayor, 392 páginas y una carta.

"Memoria presentada á su Majestad el Emperador, por el Ministro de Fomento, Luis Robles Pezuela," de los trabajos ejecutados en su ramo, el año de 1865.—México, 1866.—Ayudó y trabajó Orozco y Berra en la formación de este libro, en el que se encuentran además: "Posiciones de varios puntos del imperio mexicano," y "Alturas sobre el nivel del mar ó altitudes de varios puntos del imperio mexicano." De estos dos opúsculos, formados por Orozco y Berra, en unión de los Sres. Francisco Martínez de Chavero y Francisco Jiménez, se hizo una edición particular de 50 ejemplares.

"El Mexicano." Periódico bisemanal dedicado al pueblo.—Imprenta imperial, 1866.—De esta importante publicación salieron 96 números de 8 páginas cada uno, los que, con excepción de unos cuantos, fueron todos redactados por Orozco y Berra; pudieran citarse entre sus artículos allí publicados, los que se intitulan: "Algunas nociones de cronología," "Geografía," "Idea de las divisiones territoriales de México, desde los tiempos de la dominación española hasta nuestros días," y "Acuñación en México."

"Memoria para el plano de la ciudad de México," formada de orden del Ministerio de Fomento, por el ingeniero topógrafo Manuel Orozco y Berra.—México.—Imprenta de Santiago White, callejón de Santa Clara número 9.—1867.—Un tomo 8º, 231 páginas, y un plano.

"Materiales para una cartografía mexicana," por el ingeniero Lic. Manuel Orozco y Berra, miembro de la Academia de Ciencias y Literatura, vicepresidente y socio de número de la Sociedad de Geografía y Estadística, é individuo de la Sociedad Humboldt, etc.—Edición de la Sociedad de Geografía y Estadística.—México.—Imprenta

del Gobierno, en Palacio, á cargo de José M. Sandoval.—1871.—Un tomo 4º mayor, con 338 páginas.

"Historia de la Geografía en México."—1876.—Fué publicada esta obra en las columnas del periódico intitulado *La Enseñanza*, tomo I.—Imprenta de Nabor Chávez, y reimpressa en un volumen de 500 páginas en 1880, por la Secretaría de Fomento.

Breves palabras diremos sobre la importancia de las obras que acabamos de enumerar, porque de otra manera habríamos de dar á estas noticias biográficas mayor extensión que la que nos hemos propuesto.

El "Diccionario universal de historia y geografía," y su "Apéndice," no forman, ciertamente, una obra que satisfaga por completo las exigencias de aquellos que desean una verdadera enciclopedia ó obra de consulta, en la que pueda encontrarse cuanto á México se refiera, que es lo que se necesita, puesto que los libros extranjeros de este género, ó nada dicen sobre México, ó asientan errores imperdonables. Empero este Diccionario, refundición de otro español, contiene abundantísimas noticias históricas, gran número de biografías notables, y rico acopio de artículos descriptivos sobre nuestra patria, intercalados en el cuerpo de la obra española de Mellado. Los frecuentes cambios de nombres geográficos, y las variaciones que la división territorial ha sufrido en los años transcurridos desde la publicación del Diccionario que nos ocupa, hacen que sea preciso rectificar á menudo la exactitud de los artículos sobre la materia. Varias veces se ha intentado en nuestros días formar uno nuevo, teniendo por base el antiguo; pero sea por falta de protección de parte del público, sea por la inconstancia de los que han acometido la empresa, ésta no ha llegado á feliz término, y el Diccionario de que hablamos, conocido por de Andrade, continúa siendo la única fuente de noticias para aquellos que quieren ocuparse de asuntos del país, sin emprender laboriosas investigaciones. Orozco y Berra fué el principal redactor y coleccionador del "Diccionario universal," y por eso, aunque no es obra exclusivamente suya, figura en su bibliografía.

Cualquiera al leer el modesto título de "Memorias para el plano de la ciudad de México," creerá que el libro que lleva ese nombre poco interés ha de tener. Muy lejos de esto, la Memoria escrita por Orozco y Berra es curiosa, y sobre todo, útil. Está dividida en dos partes. En la primera se encuentran interesantes apuntes para la historia cartográfica de la ciudad, noticias sobre el levantamiento del plano, triangulación, vueltas de horizonte, posiciones geográficas, observaciones meteorológicas, datos sobre la evaporación, superficie de la ciudad, y lista general de las calles, plazas, plazuelas, etc. En la segunda parte, que es para la generalidad la más importante, se hallan breves pero completas relaciones históricas de los principales establecimientos y edificios de la capital de la República.

Una nueva edición de este libro, con las variaciones que el curso del tiempo ha hecho necesarias, lo convertirían en el mejor y más curioso "Manual del viajero en México."

La "Geografía de las lenguas y Carta etnográfica de México," primer trabajo de este género emprendido en nuestro país, es el fruto de la incansable laboriosidad de su autor, que alcanzó con él conquistar en el extranjero un nombre envidiable. Si los adelantos obtenidos en la ciencia filológica han venido á rectificar algunas de las afirmaciones hechas por Orozco y Berra en esa obra, no por eso dejará de ser ésta uno de los libros más estimados, debidos á la pluma de sabios mexicanos. Mucho espacio necesitaríamos para ofrecer aquí al lector un análisis de la "Geografía de las lenguas," y renunciamos, por lo mismo, acometer tal empresa, limitándonos á decir que su modesto autor es citado desde la publicación de su libro, por los sabios extranjeros.

Para tener una idea de lo que Orozco y Berra era co-

mo coleccionador, se necesita haber leído su libro "Materiales para una cartografía mexicana." En esta obra se da razón de las ideas geográficas de los aztecas, de cómo representaban las aguas y las tierras, y cómo eran sus planos geográficos y topográficos; registranse en ella tres mil cuatrocientas cartas generales, particulares, eclesiásticas, del territorio antiguo, hidrográficas, de líneas divisorias, ignográficas, de vías de comunicación, planos científicos, planos etnográficos, administrativos, mapas históricos, de viajes, y topográficos, comprendiéndose en ese número las de las correspondientes subdivisiones de cada una de las diez y seis secciones en que el libro está dispuesto.

Las obras de que acabamos de dar sumaria idea, granjearon á Orozco y Berra los diplomas de las corporaciones siguientes:

"Ateneo Mexicano" (1841).

"Sociedad Lancasteriana de Puebla" (1841).

"Academia Nacional de Ciencias y Literatura" (15 de Septiembre de 1857).

"Sociedad Humboldt" (8 de Octubre de 1861).

"Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística" (8 de Noviembre de 1861).

"Sociedad científica de México, en París" (11 de Noviembre de 1864).

"Sociedad de mejoras materiales" (15 de Julio de 1865).

"Compañía Lancasteriana de México" (13 de Agosto de 1866).

"Sociedad Mexicana de Historia Natural" (3 de Septiembre de 1868).

"Sociedad Concordia" (5 de Junio de 1872).

"Liceo Hidalgo" (12 de Agosto de 1872).

"Sociedad Minera Mexicana" (2 de Diciembre de 1873).

"Sociedad protectora de Artes y Oficios, de Veracruz" (6 de Abril de 1874).

"Sociedad popular mexicana del Trabajo" (10 de Agosto de 1874).

"Sociedad Alianza Literaria, de Guadalajara" (1º de Julio de 1876).

"Academia de la Lengua, de México, correspondiente de la española de Madrid" (23 de Diciembre de 1876).

"Real Academia de la Historia de Madrid" (1876).

"Sociedad Arqueológica, de Santiago de Chile" (5 de Octubre de 1878).

"Sociedad Geográfica de Roma."

"Sociedad Arqueológica de París."

"Sociedad de Artesanos Unidos de Mazatlán" (21 de Octubre de 1878).

"Congreso de Americanistas" (1876).

Después de haber hecho mención de los principales empleos y las comisiones más importantes que desempeñó Orozco y Berra; después de enumerar sus obras literarias y las corporaciones que le honraron llamándole á su seno, parece como que nada nos resta que decir, y sin embargo, no es así. Para no dejar vacío alguno de consideración en estos apuntamientos, necesitamos reanudar nuestro relato, hasta llegar á los días que alcanzamos.

Ningún puesto ocupó Orozco y Berra en la administración pública, de mediados de 1867 hasta su muerte. En estos trece años, desde su salida de la prisión, ajeno por completo á las cuestiones políticas que han agitado á la República, encontró verdadera protección, amistad, consideraciones y arrimo, en los Sres. D. José Antonio y D. Bernardo Mendizábal, y en el Sr. D. Sebastián Camacho, quienes le proporcionaron un empleo en la casa de Moneda, del cual vivió, consagrando las horas que le dejaba libres aquella colocación en escribir la obra importantísima de que vamos á dar cuenta en breve, y que es sin disputa el más acabado de sus trabajos literarios. También se ocupó en dar, desde el año de 1878, la cátedra de Historia y Geografía en el Colegio de la Paz, llama-

mado antiguamente de las Vizcaínas. Fué nombrado por el Sr. Riva Palacios, entonces Ministro de Fomento, director de la Carta general de la República, y por el Sr. Tagle, Ministro de Justicia que fué, catedrático de Historia patria en la Escuela secundaria de niñas; pero sus ocupaciones no le permitieron desempeñar por mucho tiempo el primer encargo, y le obligaron á no aceptar el segundo.

Entre los escritos de Orozco y Berra, publicados recientemente, merecen citarse su estudio sobre "La Cruz del Palenque," que insertó en *El Artista*; sus Ensayos de descifración jeroglífica en los "Anales del Museo Nacional," y su "Estudio de Cronología Mexicana," que precede á la edición de la antigua crónica de Tezozomoc que publicó el distinguido escritor D. José María Vigil. Hé aquí lo que tan ilustrado publicista dice acerca del estudio á que nos referimos:

"Esta materia ha ofrecido en todos tiempos varias dificultades para la coordinación de los hechos que constituyen nuestra historia antigua. La diferencia que se nota entre los historiadores primitivos de México sobre punto tan capital, ha creado un verdadero caos en que es difícil orientarse, sin emprender previos estudios é investigaciones en que se necesita la paciente constancia del erudito. Pues bien, el Sr. Orozco y Berra ha dado cima á este trabajo, primero en su género, y en el cual, después de exponer por orden sucesivo los diversos sistemas cronológicos que han creado los autores, después de señalar sus defectos, asignando el origen de ellos, entra de lleno en la cuestión, resolviéndola, en nuestro concepto de una manera satisfactoria, y estableciendo las verdaderas bases á que hay que atenerse en materia tan importante. El servicio que con este estudio ha prestado el Sr. Orozco y Berra á la historia patria, es de verdadera trascendencia, porque ha venido á poner luz y orden en donde sólo reinaban confusión y tinieblas."

Tocan á su término estas noticias biográficas, que habrá de ampliar más tarde persona más competente que nosotros; pero antes, creemos útil y aun indispensable hablar de la obra última de Orozco y Berra; obra que es un verdadero monumento literario, que perpetuará la fama de su autor.

Intitúlase "Historia antigua de México," y está dividida en cuatro partes: 1ª Civilización. 2ª El hombre primitivo. 3ª Historia antigua, y 4ª Conquista.

Fruto es esta obra de largos años de investigaciones y profundo estudio; concéntrase en ella, por decirlo así, el tesoro de ciencia acumulado por su autor en los mejores días de su vida. ¿Por qué, se nos dirá acaso, por qué existiendo al presente numerosos libros en que se pueden estudiar la materias que abraza la última producción de Orozco y Berra, éste no acometió otra empresa cuya originalidad fuese el primer aliciente para desear conocerla? ¿Vino á revelar sucesos no comprendidos en los escritos de sus antecesores? ¿Pretendió hacer la luz en el caos de la historia mexicana, porque se sentía superior á los que le precedieron? No: el sabio mexicanista, lo hemos dicho ya, era más que modesto, humilde, y aunque pudo gloriarse de haber dado cima á una tarea de aquellas que sólo acometen los hombres superiores, carecía de toda pretensión. En el plan de su "Historia antigua" consiste lo original del trabajo; en el feliz desenvolvimiento de ese plan estriba su mérito sobresaliente.

Hasta hoy, cuanto se ha escrito sobre los orígenes de la sociedad en que vivimos, adolece del gravísimo defecto de considerar los hechos desde un solo punto de vista. Unos á otros han venido los autores copiándose, permitiéndonos decirlo de este modo, y de aquí ha resultado que, aunque no escasean los libros que de nuestra historia antigua tratan, encaminanse con mayor ó menor sinceridad á un solo punto: á pregonar la grandeza de los conquistadores, su heroico brío, y las ventajas de la nueva civilización por ellos implantada, atenuando, si es que

los confiesan, los crímenes aquí perpetrados por los guerreros españoles, apoyándose en autoridades á ellos propicias, y no haciendo sino rarísima vez mención de los escritores indígenas, cuyo testimonio, á pesar de su validez, no se ha querido tomar en cuenta. Fácil es comprender que de semejante criterio no podía desprenderse en toda su desnudez la verdad histórica, cuyo esclarecimiento parece que debía haber sido el solo norte de esos autores.

Reconociendo ese error, Orozco y Berra se trazó una nueva vía, conforme á los principios de la ciencia moderna; y escritor concienzudo, llamó en su apoyo lo mismo al ibero que al azteca, buscando la verdad en los escritos de éste, confirmada por ciertas preciosas confesiones de aquél.

El colorido de los cuadros que Orozco y Berra ha trazado, no puede ser más verdadero. Ha restaurado otros á su primitiva y pura luz, y lo ha hecho con tal acierto, que bien puede decirse, por avanzada que parezca esta opinión, que ha pronunciado la última palabra acerca de la antigua historia de México, reuniendo en un solo cuerpo de obra cuanto se encuentra esparcido en gran número de volúmenes que sólo poseen ciertos y muy contados bibliógrafos eruditos, y cuanto se ha descubierto en estos últimos años, en manuscritos de cuya existencia no tuvieron noticias sus predecesores.

Brillantísima y sobre todo completa, es la parte que de la civilización azteca trata. Allí se tiene cabal idea de la grandeza moral de aquel pueblo cuyos conocimientos científicos eran superiores, y con mucho, á cuanto podía esperarse de él, atendida su total incomunicación con el antiguo mundo. Allí está fielmente trazado el cuadro de sus adelantos artísticos, y en una palabra, allí se encuentra todo lo que puede ambicionarse saber para juzgar con exactitud de la verdadera grandeza del imperio destruido por las armas castellanas.

Para dar una idea de la segunda parte, en que trata del hombre prehistórico, habríamos menester algunas páginas. La ciencia moderna ha hecho de la paleontología un auxiliar poderoso de la historia, y por lo mismo, su aplicación á la nuestra, era, puede decirse, la base de que tenían que partir los estudios de Orozco y Berra. Así lo hizo, con notable supremacía respecto á los que antes se han dedicado á escribir sobre nuestras cosas, y de luminoso califican los entendidos en la materia el trabajo realizado por él.

Lo que en otro lugar dejamos dicho sobre la dedicación de Orozco y Berra desde su juventud al estudio de cuantas obras se han escrito sobre la historia antigua de México, nos ahora aquí de entrar á hacer nuevas consideraciones, con relación á la tercera parte del libro.

La última demandaba el más recto criterio filosófico. La conquista ha tenido muchos historiadores, y para no caer en los mismos errores de que adolecen las obras de aquellos, era necesario proceder conforme á distinto plan. El de Orozco y Berra ha consistido en depurar la verdad á costa de laboriosísimas investigaciones; y si pudiera decirse que alguna parte de su "Historia" es superior á las demás, acaso concederíamos la preeminencia á la última. Tan acabada así es; tanta luz derrama; tan evidente demostración alcanzan en ella los puntos más controvertidos; tan imparcial y justiciero se descubre á Orozco y Berra en aquellas páginas.

El autor de esta biografía inició ante el gobierno federal la publicación de la "Historia" del Sr. Orozco y Berra; y fué tal su constancia, tan grande su empeño, que cuantas dificultades se oponían al logro de este pensamiento quedaron vencidas. Constan todos los detalles de este asunto en la introducción puesta al frente del tomo primero de los cuatro que forman la obra, y confieso que me causa legítimo orgullo haber prestado este servicio, más que al amigo cuya memoria venero, á las letras mexicanas.

Por una de aquellas fatalidades tan comunes en la vida de los hombres ilustres, el Sr. Orozco y Berra no tuvo la satisfacción de ver impresos sino los dos primeros tomos de la obra á que consagró muchos de sus años, pues falleció el día 27 de Enero de 1881, causando con su muerte una dolorosa pérdida que México nunca lamentará suficientemente.—F. Sosa.

Orozcos de Santa Catarina. Rancho del partido y municipalidad de Salamanca, Estado de Guanajuato, con 78 habitantes.

Orta. Rancho del partido y municipalidad de Abasco (Cuitzeo de los Naranjos), Estado de Guanajuato, con 351 habitantes.

Ortega. Villa. (Véase Río Grande, Zacatecas.)

Ortega. Hacienda de la municipalidad de Ramos Arizpe, Distrito del Saltillo, Estado de Coahuila, con 145 habitantes.

Ortega. Hacienda de la municipalidad y partido de San Luis de la Paz, Estado de Guanajuato, con 632 habitantes.

Ortega. Rancho del Distrito de Guerrero, Estado de Chihuahua, á 25 kilómetros al E. del pueblo de Namiquipa.

Ortega. Rancho de la municipalidad de Huejuquilla el Alto, octavo cantón (Colotlán), Estado de Jalisco.

Ortega. Rancho del municipio de Tierra Nueva, partido de Santa María del Río, Estado de San Luis Potosí.

Ortega (Francisco). Nació en la ciudad de México el día 13 de Abril de 1793, siendo sus padres D. José Ortega y D^a Gertrudis Martínez Navarro. Estos murieron siendo él todavía muy niño, y entonces fué recogido por el Dr. Nicolás Maniau, que se encargó de su educación.

En el seminario de Puebla comenzó sus estudios de latinidad y filosofía, de derecho civil y canónico, é hizo su práctica de jurisprudencia en el estudio del célebre abogado Peña y Peña.

Desde muy joven manifestó decidida afición á las letras, afición que no fué contrariada sino favorecida por las personas encargadas de su educación.

En 1814 vino á México y fué presentado al Dr. Montañón, en cuya casa se reunían las personas más señaladas por su saber, talento y posición, y que era, puede decirse, una academia en que se discutían con independencia y recto juicio las composiciones literarias de los concurrentes, y aun de autores extranjeros.

Ortega necesitaba proporcionarse lo necesario para hacer frente á las primeras necesidades de la vida, y en 1817 obtuvo un empleo en la escribanía de la casa de Moheda. En 1822 fué electo diputado al primer Congreso, y fué de los pocos que hicieron la oposición al imperio de Iturbide. Dos años después fué encargado de la prefectura del Distrito de Tulancingo, en cuyo desempeño, ya por sus trabajos estadísticos, ya por su afán en atenuar los odios causados por los partidos, se granjeó el aprecio de los habitantes de aquella región. Perteneció después á la legislatura del Estado de México hasta el año de 1832, y en el siguiente fué nombrado subdirector del establecimiento de ciencias ideológicas y humanidades, creado por el plan de estudios de esa época. Sirvió después en la oficina de contribuciones directas, y fué contador de la administración principal del tabaco. En 1837 se le vió como miembro del Senado, perteneciendo en 1841 á la Junta legislativa que se encargó de formar las "Bases Orgánicas" que rigieron después de la caída del general Bustamante. En 1848 fué encargado por la Comisión de estadística militar para la formación del "Diccionario geográfico de la República," que no pudo llevar á efecto por lo decaído de su salud, que fué siempre endeble, aun desde niño.

Sus ideas republicanas estaban bien desarrolladas, y las sostuvo repetidas veces, en *El Federalista*, *El Reformador*, *Tr Oposición*, y otros periódicos, y escribió varios folletos y opúsculos, entre los que merece particular

mención una "Disertación sobre los bienes eclesiásticos," escrita para un concurso abierto por las autoridades de Zacatecas.

Pero el principal mérito del Sr. Ortega consiste en sus composiciones poéticas. Ya cuando concurría á la casa del Dr. Montañón, presentó un poema sobre la venida del Espíritu Santo, que fué premiado, y publicado en su tomo de poesías. Para celebrar la entrada del ejército libertador en 1821, compuso un melodrama intitolado "México Libre." Dejó á su muerte inéditas varias composiciones originales y traducidas, con que se podría formar un segundo tomo; y además, una traducción de la "Rosmunda" de Alfieri, y un drama original llamado "Cacamatzin," y sin concluir una comedia intitolada "Los misterios de la imprenta," pensando escribir un poema sobre Colón.

Escribió un apéndice para la obra del Lic. D. Mariano Veytia sobre la historia de México; y cuando en 1845 el Sr. D. Francisco Fagoaga abrió un concurso con el apoyo del Ateneo Mexicano, ofreciendo un premio al que presentase la mejor Memoria sobre los medios de desterrar la embriaguez, el Sr. Ortega, con su opúsculo, ganó el premio ofrecido.

Dedicado á la educación de sus hijos, al cultivo de la literatura, que no llegó nunca á abandonar, y al progreso de su patria, le sorprendió la muerte el día 11 de Marzo de 1849, y su pérdida debe ser sentida por todos los que se gloríen de ser buenos ciudadanos, buenos padres de familia y amigos de las letras.

Acerca de las poesías de Ortega se han pronunciado diversas opiniones. Arróniz se expresa así:

"Su mérito principal no consiste en la viveza y color de las imágenes, en el sentimiento y ternura de las composiciones, sino en el estudio profundo que hizo de los clásicos latinos y españoles, notándose su destreza en el manejo del idioma, su ideología y su buen gusto, que le colocan en lugar notable en la república de las letras."

Pimentel, el reputado filólogo y crítico, que por su erudición y por su clara inteligencia ha conquistado un nombre inolvidable dentro y fuera del país, consagra á Ortega un extenso estudio en su "Historia crítica de la literatura mexicana," y le presenta como tipo entre los poetas que han escrito en el tono templado.

No será inoportuno, antes de terminar los apuntamientos biográficos de este poeta, llamar la atención acerca de un hecho verdaderamente excepcional. D. Francisco Ortega ha sido el fundador de una familia cuyos miembros todos han dado honra, no sólo á su apellido, sino á la nación que con orgullo los cuenta entre sus hijos.

Sucede casi siempre que los sabios y los varones más esclarecidos no dejan, al morir, un hijo sólo que los reemplace. Sea que la naturaleza no prodiga sus dones á los miembros todos de una misma familia, sea que los hombres prominentes descuidan la educación de sus hijos, éstos, ó son vulgares, ó no pasan de medianías, y rarísima vez llegan á tener de ilustres otra cosa más que su apellido: nada tienen por propio merecimiento. Los hijos de D. Francisco Ortega han sido en México la excepción de esa regla, por su ciencia, por su amor al arte, por sus virtudes privadas, y ocupan en la sociedad y en las academias un lugar distinguidísimo.

Si desde la eternidad es dado al hombre saber lo que pasa en el mundo, D. Francisco Ortega debe ver como el mejor premio de sus buenas acciones, la manera con que sus hijos honran su nombre.—F. Sosa.

Ortega (Aniceto). Honra de la patria, de la ciencia, y del arte, el Sr. Dr. D. Aniceto Ortega causó con su muerte una pérdida irreparable á la sociedad mexicana, el día 17 de Noviembre de 1875.

¡Parécenos que fué ayer! Tan vivos así son los recuerdos que conservamos de la fúnebre ceremonia dispuesta por la Escuela de Medicina para tributar el homenaje postrero al doctor Ortega. El salón de juntas estaba con-

vertido en capilla ardiente, y en el centro se elevaba el túmulo. Numerosa y escogida concurrencia llenaba el salón; las clases todas de la sociedad estaban allí representadas; las corporaciones literarias habían enviado, como las científicas y las artísticas, oradores que encomiasen las grandes dotes del ilustre difunto, y no había una sola persona que no llevase marcada en el semblante la tristeza más profunda; era que todos amaban al hombre; era que todos lamentaban la pérdida del sabio artista; era que para nadie podía ser indiferente la desaparición del doctor Ortega, en quien sus compatriotas veían un título de gloria para la República.

Entre los oradores, ocupábamos el último lugar, enviados por el "Liceo Hidalgo." Séanos permitido reproducir algunas de las palabras que en elogio del doctor Ortega pronunciamos entonces, no para hacer alarde de la participación que tomamos en aquella solemnidad fúnebre, sino para que se vea que no por llenar algunas páginas más de este libro, y sí por el gran concepto que siempre nos ha merecido, honramos la memoria del doctor D. Aniceto Ortega.

El dogma del sabio cuya muerte lamentamos, dijimos, se sintetiza en esta sola palabra, más trascendental, más grande que cuantas ha inventado el orgullo del hombre: el deber. Por eso, señores, Aniceto Ortega es del número de aquellos seres para quienes la inmortalidad no es un sueño. Los muertos tienen vida, decía el gran orador romano, y ésta consiste en la memoria de los vivos. ¿Quién de vosotros, quién que hubiese conocido á ese sacerdote de la ciencia y del arte, cuyo ideal hermoso era establecer una armonía perfecta entre la inteligencia y el corazón, podrá borrar de su memoria al que con su bondad, con su sabiduría y su virtud ha grabado su nombre en los anales de la ciencia médica, en las armoniosas notas de sus composiciones musicales, en las profundas observaciones de sus estudios físico-químicos, y lo que es más todavía, ¿qué madre habrá de aquellas infinitas á quienes Aniceto Ortega auxilió en las supremas horas de dolor, que no enseñe á sus hijos á pronunciar con amor y con respeto el nombre del sabio doctor?

"Non omnis moriar," pudo haber exclamado con el poeta latino, Aniceto Ortega, porque ha de vivir mientras un cataclismo no destruya las obras que dejó y con ellas el relato de esta ceremonia en la que las sociedades científicas, literarias y artísticas de la capital de la República vienen á hacer una pública manifestación de su duelo por la muerte de uno de los hijos más ilustres de la patria.

El "Liceo Hidalgo," que poseía un título de gloria contando entre sus miembros al Dr. Aniceto Ortega, me ha honrado comisionándome para ser el intérprete de su profunda pena. El "Liceo Hidalgo" no me envía á cumplir meramente con un deber de cortesía para con la ilustre Escuela de Medicina que nos ha convocado; igual pérdida ha sufrido el "Liceo," no es menos profundo su duelo.

La familia pensadora de México acaba de ver desaparecer de su seno á uno de sus hijos más ilustrados; la humanidad á uno de sus miembros más útiles; la patria á uno de sus mejores ciudadanos. ¿Qué mayor título de gloria, qué inmortalidad de las que ambiciona el hombre puede compararse á la que ha alcanzado Aniceto Ortega, al bajar al sepulcro en medio de las lágrimas de cuantos conocieron sus obras, de cuantos pudieron apreciar sus cualidades, y de cuantos desean que en la ciencia y en las letras figure México entre las primeras naciones del mundo, como figura ya el primero entre los pueblos libres? Ah! señores, muy justo es el dolor que nos embarga, porque es muy grande la pérdida que hemos sufrido!

Pero si es verdad que es irreparable, atenúese al menos nuestro dolor ante la consideración de que el sabio que ha muerto nos ha legado el recuerdo de sus virtudes, que pueden servirnos de modelo si queremos ser